

textos

libros

¿de qué se avergüenzan los europeos?, (Giorgio Agamben, *Medios sin fin. Notas sobre política*, Pre-Textos), *La Razón*, marzo de 2001

Al calor del interés creciente por Agamben en España, se edita ahora un libro de 1996 en el que su autor anticipa núcleos del soberbio *Homo sacer*, quizás una de las investigaciones filosóficas más cruciales de los últimos años. En este sentido, *Medios sin fin* es una buena introducción para el pensador más sorprendente de la actualidad, vinculado a una difícil trinidad que tendría en Nancy y Badiou otros de sus vértices. Igual que Badiou intenta prolongar el trabajo crítico de Deleuze, Agamben lo hace con magníficamente con Foucault.

Rescatar la política de su posición subalterna con respecto a la economía, la religión o el derecho, es uno de los objetivos declarados de este texto. Pero ello se intenta trayendo a primer plano una densidad ontológica que deshace las cómodas divisiones que nos mantenían a salvo. En primer lugar, la distancia radical entre totalitarismo y democracia. Agamben interroga nuestro oculto paradigma político en fenómenos aparentemente marginales a las categorías tradicionales: el rostro; el campo de concentración como zona de indiferencia entre lo público y lo privado; el refugiado como símbolo de la crisis del Estado-nación moderno; el lenguaje como ámbito de expropiación que define a las sociedades espectaculares que habitamos; la eficacia cotidiana de una violencia anónima; finalmente, la existencia de los medios puros, emancipados de todo fin, como esfera de la política por venir. Todo el libro está recorrido por el zumbido de un bajo continuo, el sombrío análisis *biopolítico* llevado a cabo por el último Foucault, allí donde se disecciona la voluntad occidental de separación descendiendo a niveles capilares, al cuerpo biológico del ciudadano.

A partir de aquí, *Medios sin fin* recorre un paisaje donde toda la ideología moderna muestra una feroz raíz unitaria. O bien lo impropio impone su dominio en la irrefrenable voluntad del consumo, o bien lo propio, en el totalitarismo, pretende alejar de sí toda impropiedad. En ambos casos, la única posibilidad verdaderamente humana, la de apropiarse de la impropiedad como tal (lo que Heidegger nombraba con la palabra *Ereignis*), pensando una existencia que escapa a toda determinación externa, está excluida.

Entre el integrismo totalitario y el democrático, Agamben nos propone armarnos para un uso profano de la libertad. En efecto, esta época terrible tiene la virtud de otorgarle al pensamiento una nueva tarea. Por primera vez se hace posible experimentar para los hombres su propia esencia lingüística, pensar el libre uso de lo común y la esfera de los medios puros, nuevas categorías que pueden liberar a lo político de su progresivo vaciamiento. Y ello en consonancia con el linaje de un "pueblo por venir", en palabras de Deleuze, singularidad cualquiera que Agamben nos había propuesto en *La comunidad que viene*.

Ante el carácter a la fuerza "potencial" de toda comunidad, el consumo se presenta como un modo incesante de reciclar esa potencia común en mera actualidad y divisiones factuales. El poder del Estado ya no se funda en el monopolio legítimo de la violencia, que el Estado compartiría con el terrorismo, sino básicamente en el control de la apariencia. Marx debe ser completado: el capitalismo no se encamina sólo a la expropiación de la actividad productiva sino, ante todo, a la alienación del lenguaje, de la naturaleza comunicativa del hombre. Lo que separa hoy a los hombres es una alienación de su misma comunicabilidad.

La función estatal se basa en apropiarse del desamparo constitutivo de una singularidad que, en su enigma, es universal. Cada existencia, su rostro, es el campo de batalla de una guerra civil planetaria cuyo cuerpo de asalto son los media y cuyas víctimas son todos los pueblos de la tierra. Tomando por testigo a Kafka, el "campo" es en esencia el estado de excepción desde el que tenemos que recomenzar, encontrar el camino de otra política, de otro cuerpo, de otra palabra. Si el refugiado es una figura cardinal en este texto, lo es como metáfora de la condición de cualquier ciudadano, exiliado sin raíces y única figura pensable de un pueblo irreductible a toda actualización histórica. También a un cuerpo nacional que siempre se constituye segregando una humanidad maldita, sea palestina o judía.

En suma, nos hallamos ante un libro bello y áspero en el que su primer pesimismo esté guiado por una fe incorruptible en el advenir de una humanidad que aún carece de lenguaje. Encontraremos en él un caudal indispensable para repensar las claves de lo político más allá de las urgencias, nada inocentes, con que nos acosa la administración actual del presente.